

EL PROCESO ELECTORAL DE 2020 Y LOS PRIMEROS MESES DE LA ADMINISTRACIÓN DE JOE BIDEN

Paz Consuelo Márquez-Padilla

Para analizar la elección presidencial de 2020 en Estados Unidos es indispensable, primero, conocer el concepto de democracia deliberativa, en tanto que es el ideal de democracia al que se aspira en Estados Unidos; después describiré algunas de las características más importantes del populismo, en la medida en que con Trump este régimen tuvo un gran auge, y a continuación resaltaré su carácter de fenómeno internacional, lo que hace a esta tendencia política más peligrosa para la democracia liberal; en tercer lugar, profundizaré en los datos de la elección, que confirman la división que existe entre los hombres blancos de las áreas rurales y de poca educación y la coalición de las minorías. Subrayo que sí hubo, e incluso todavía hay, una amenaza a la democracia estadounidense durante el proceso electoral. Por último, abordaré la actuación del presidente Joe Biden en los primeros meses de su administración. Esta elección fue fundamental en tanto que no sólo se elegía a un candidato más, sino que se estaba ante la disyuntiva de optar por defender la democracia o de mantener el populismo autoritario liderado por Trump. Finalmente, con el presidente Joe Biden los estadounidenses decidieron recuperar su sistema democrático, buscar el bipartidismo y la negociación, aunque la amenaza del populismo sigue acechando, como veremos.

Si bien a lo largo del siglo xx observamos un aumento de las democracias en el mundo, en el xxi se ha manifestado un claro retroceso. Para 2019, se consideraba que existían veintidós democracias plenas, cincuenta y cuatro defectuosas, treinta y siete de régimen híbrido y cincuenta y cuatro países con sistemas autoritarios (*The Economist*, 2020). Esta división suele cambiar momento a momento, pues la democracia está en constante movimiento; sus instituciones se perfeccionan o debilitan. Tal vez la metáfora utilizada por Samuel Huntington, al hablar de las “olas democráticas”, sea la idea que más nos ayude a entender este fenómeno, pues se asume que si bien puede reconocerse

un continuo progreso con avances democráticos, también existen épocas de retroceso, y hoy la democracia está bajo amenaza a nivel mundial, como veremos.

Fareed Zakaria sostiene que, por segunda vez, Estados Unidos no logró ubicarse entre las “democracias plenas” en el índice democrático publicado por *The Economist*, cuya unidad de inteligencia analiza a los países y los organiza conforme a sesenta categorías, y la de nuestro socio comercial fue considerada una “democracia con fallas”. Este analista explica que las instituciones son reglas colectivas acordadas y establecidas por los seres humanos, con cuyo cumplimiento se fortalecen; sin embargo, hay líderes que menosprecian e incluso deslegitiman a las instituciones y terminan debilitándolas, con lo que, a su vez, socavan la democracia (Zakaria, 2019), y claramente nos encontramos en un periodo de retroceso tras el surgimiento, a nivel mundial, de populismos cuyos líderes atacan a las instituciones, y es en este contexto donde debemos analizar la elección estadounidense de 2020.

La democracia deliberativa

No existe un patrón único para caracterizar esta forma de gobierno; es más bien un ideal al cual cada generación va dotando de contenido. Por una parte, la teoría democrática avanza e incide en las prácticas y culturas políticas, las que, a su vez, redefinen a las propias teorías (Márquez-Padilla, 2020). Como explica David Held (2006), las ideas están conectadas con determinadas situaciones históricas que a su vez impactan en las instituciones; es decir, las ideas y la propia estructura de la sociedad se retroalimentan, por lo que, sin duda, la concepción ideal más acabada de democracia es la deliberativa, pues en ella los individuos son considerados seres racionales, iguales entre sí, capaces de dialogar y debatir con sus pares, quienes pueden ofrecer razones que los demás podrían aceptar como válidas, de tal forma que es posible llegar a un punto medio de acuerdo y a partir de allí tomar decisiones (Habermas, 1998). Lo que impera según Habermas es la fuerza del mejor argumento.

Conforme a esta concepción, ya no hay lugar para esa visión según la cual se asume que mediante una simple suma de votos se edifica una verdadera democracia, pues, como sabemos, una votación instantánea, a través de las redes, no nos da una decisión realmente democrática, debido a que, en el estado de cosas actual, las masas lo son en la medida en que no han forjado su

conciencia a la luz de la deliberación entre pares. Estos sectores resultan fácilmente manipulados; desde la Grecia clásica ha existido el temor hacia esta falsa democracia. Por tanto, es fundamental que los ciudadanos, para serlo a cabalidad, tengan información y deliberen con sus semejantes, de tal forma que puedan llegar a descubrir la vía hacia el bien común. Juan Jacobo Rousseau insistía en que no bastaba contar con la voluntad de todos, sino que debía buscarse, a través de la racionalidad y en apego a principios morales presentes en la educación cívica, llegar a la voluntad general, que implica la noción de bien común.

Habermas plantea la posibilidad de establecer una discusión acerca de los medios y fines entre agentes racionales, libres e iguales, con miras a una negociación, de tal forma que las decisiones adquieran legitimidad; es decir, el filósofo se refiere a la fuerza del mejor argumento. Explica que, con base en el contrato social, los ciudadanos se otorgan mutuamente derechos para poder regular en forma legítima su vida en común, a través del derecho positivo (Habermas, 1998: 118). Este proceso de comunicación permite resolver el conflicto de forma pacífica, a lo que agregaría la necesidad de que las partes desarrollen empatía para realmente comprender los deseos o intereses de los otros (Márquez-Padilla, 2014: 31), pues solamente así se puede llegar al consenso. No sólo se requiere que se agreguen las preferencias, sino que se transformen. Según Elster, para Habermas la comunicación ideal es para deliberar no sólo sobre fines sino también sobre medios (Elster, 1998a). Se trata de un proceso en que se debe argumentar y negociar y hasta se pueden formular nuevas alternativas. Cuando argumentamos tratamos de persuadir a otros del valor de nuestra opinión y esto contrasta con la situación de cuando la gente vota sin que haya una previa discusión (Gambetta, 1998). Se trata de deliberación pública sobre el bien común.

Para Joshua Cohen, la democracia deliberativa consiste en una asociación en la cual los asuntos se abordan y administran con base en la argumentación pública por parte de los miembros de una comunidad. En una democracia bien ordenada, los ciudadanos tendrán un debate público para contrastar sus concepciones alternativas del bien común. Esto significa que se discutirán diversas políticas públicas que se aceptarán como legítimas en la medida en que fueron propuestas desde la imparcialidad (Cohen, 1998). No se deben plantear propuestas con el único fin de hacer avanzar intereses particulares; se trata de que sean razonables. Mientras que la concepción democrática

que sólo requiere la suma de los votos es simplemente procesal, esta otra es sustantiva, en tanto que nace de una definición más robusta de la persona. Se asume que los hombres son iguales y racionales. “La idea fundamental de la legitimidad política democrática consiste en que la autorización del ejercicio del poder del Estado surge de decisiones colectivas de miembros iguales de una sociedad que son gobernados por ese poder” (Cohen, 1998: 185).

A eso nos referimos al hablar de que la legitimidad no proviene de un cúmulo de sufragios, sino de un proceso transparente en el cual individuos libres e iguales razonan, en un foro público, en busca de propuestas y soluciones con miras al bien común; se asumen legítimas en tanto que son consensuadas. Se trata de razonar juntos sobre temas que constituyen preocupaciones comunes (Cohen, 2009). En esta concepción se reconoce que hay conflicto, pluralidad, es decir, diferentes preferencias, fines y valores, pero también la posibilidad de construir acuerdos y llegar a consensos. Toca a los partidos políticos crear arenas para la discusión pública, elaborar la agenda, con el fin de ir articulando la estrategia que conduzca al beneficio mutuo, pues “las instituciones realmente democráticas deben proveer el marco institucional necesario que facilite la deliberación pública libre, para llegar a decisiones colectivas seriamente reflexionadas por los ciudadanos en un ejercicio de autogobierno” (Márquez-Padilla, 2020: 77). La legitimidad de la democracia deliberativa radica en que las decisiones colectivas son producto de presentar argumentos imparciales que justifiquen la decisión, aunque al final se tenga que recurrir por motivos de tiempo a una mera agregación de votos porque no se puede llegar a una decisión unánime.

Las instituciones democráticas deben proveer un contexto necesario para que se lleve a cabo una discusión pública significativa (Mackie, 1998). Elster subraya la importancia de crear el contexto para que se dé la deliberación. Considera que el gobierno representativo debe dar libertad a los representantes para votar después de oír los distintos argumentos, de forma independiente. Es decir, no deben estar ligados a fuerza a las preferencias del votante (Elster, 1998b). Los representantes oirán y presentarán distintos argumentos, lo que ayudará a tomar la decisión final sobre la mejor política pública. Según Cohen: “El procedimiento deliberativo ideal provee un modelo para las instituciones, un modelo que todas ellas deben reflejar en la medida de lo posible” (Cohen, 2009: 29). Se trata de un gobierno por medio de instituciones y no por nosotros mismos.

Recordemos que éste es un ideal de democracia al cual se debe aspirar; a continuación analizaremos cómo el gobierno de Trump alejó a la democracia estadounidense de este ideal y estableció un populismo que no sólo no intenta llegar a una democracia deliberativa, sino que va minando las instituciones, obstruyendo la deliberación, atacando el pluralismo, manipulando la información y concentrando el poder.

Las nuevas tecnologías

Nos podemos preguntar cuál es el estado actual del foro público, considerando la existencia de nuevas tecnologías. Sunstein explica que, aprovechando las nuevas plataformas, en internet se han formado una especie de capullos o cámaras de repetición; es decir, enormes redes con gente que piensa de forma similar y donde se repiten una y otra vez ideas relativas a una misma visión del mundo. Este fenómeno va creando murallas entre las comunidades, lo que impide que se conozcan otras perspectivas (Sunstein, 2017) y se van formando tribus regidas no por la racionalidad sino por el odio y el miedo.

Si bien los medios de comunicación tradicionales aspiraban a presentar la verdad, ofrecer objetividad y dar datos verificables, en los últimos años, en aras de alcanzar mayor audiencia, se han ido alineando con ciertas posturas, lo cual se observa en lo que informan y en cómo lo presentan. Un ejemplo claro es Fox News, de línea conservadora, que constantemente apoyó los alegatos infundados del presidente Donald Trump, al ser una cadena televisiva a la cual no le interesa dar a conocer otras posturas.

En el caso de las nuevas plataformas y redes sociales, su misma estructura y modelo de negocios incentivan la divulgación (y posterior debate) de noticias falsas (*fake news*), teorías de la conspiración, algunas de las cuales, incluso, incitan a la violencia, lo que demuestra que hay mucho por señalar y decidir en torno a las obligaciones de las plataformas, de los gobiernos y de la sociedad civil en esta materia. Sin duda, las democracias deliberativas deben auspiciar un debate sobre esta temática.

Estas tecnologías, así utilizadas, nos alejan de la posibilidad de construir una democracia deliberativa; más aún, ponen en peligro cualquier intento de ir hacia ella, pues nos impiden escuchar otras voces y, casi sin darnos cuenta, nos llevan a un claro enfrentamiento con “los otros”, a los cuales acabamos

viendo como enemigos. Lo más peligroso es que estamos ante un tipo de control mediático en la medida en que lo recibido es producto de un algoritmo que busca maximizar nuestra atención presentándonos información afín a nuestra manera de pensar. No es que las redes sociales hayan servido para producir polarización; sin embargo, es claro que han sido eficaces para intensificarla. “La democracia puede o no ser frágil, pero la polarización puede constituirse como un problema serio que se incrementa si las personas viven en diferentes universos de comunicación” (Sunstein, 2017: 25).¹ Desafortunadamente, los nuevos medios de comunicación no sólo no han promovido la democracia convirtiéndose en foros públicos incluyentes, sino que se han vuelto un obstáculo para su creación.

Causas del populismo

Antes de avanzar cabe preguntarnos, ¿por qué surgen los populismos? La globalización promovida por Estados Unidos después de la segunda guerra mundial ocasionó una gran euforia. La idea detrás del fenómeno era que, si los países establecían fuertes relaciones económicas, tenderían a solucionar sus conflictos a través de la negociación y no enfrentándose en una guerra. Esta propuesta provenía de las elites de ambos partidos mayoritarios en Estados Unidos, las cuales se alejaron de sus bases para impulsar sus proyectos de libre comercio.

Sin duda, la economía mundial registró un gran crecimiento y, en términos absolutos, una disminución de la pobreza, pero al mismo tiempo la riqueza se concentró en muy pocas manos, agudizándose la desigualdad económica, no sólo a nivel interno, sino también entre países (Piketty, 2014).

Debido al mencionado incremento del comercio internacional, los países avanzados con poblaciones viejas requerían de fuerza de trabajo joven, que fue proporcionada por ciudadanos llegados de otros lugares, con lo que se disparó la migración mundial. Más tarde, fueron la violencia y el hambre las que aceleraron estos grandes desplazamientos humanos. Dicho proceso desató una clara reacción, un sentimiento antiinmigrante, por el miedo a lo desconocido y a los cambios culturales que implica. Por su parte, las elites más

¹ La traducción de las citas es propia.

liberales, al mismo tiempo que defendían las migraciones y la sociedad multicultural, apoyaban cambios en favor de empoderar a las mujeres, las minorías, los latinos, los afroamericanos y la comunidad LGTBTTIQ+; mientras tanto, los grupos conservadores, resentidos y movidos por diversos odios y fobias, empezaron a contrarrestar esta especie de revolución cultural, a la que veían como un ataque al mundo occidental y a los valores tradicionales de sus sociedades.

Hay que aceptar que no todos salieron ganando con la globalización, sino que también hubo perdedores debido a que los gobiernos no crearon las suficientes redes de contención económica y social para mitigar los efectos de una competencia mundial desmedida. Los acelerados cambios asociados con el fenómeno necesariamente provocaron una gran incertidumbre y, justamente, los populismos surgen, en parte, como reacción a ellos, como ocurrió en el siglo XIX, pero también en el XX y, en ese contexto, la crisis de 2008-2009 vino a desenmascarar al sistema. Fue patente que los costos y beneficios de la cooperación social no se repartieron de forma equitativa. Mientras los trabajadores y las clases medias perdían sus casas y adquirían enormes deudas, el sector financiero desregulado permitía y se sustentaba en grandes fraudes, y no sólo eso, sino que recuperaron rápidamente su poder económico y sus bonos.²

Las democracias, al no cumplir con las expectativas de muchos ciudadanos, propiciaron que se propagara la decepción hacia esta forma de gobierno; en la repartición de sus frutos había un claro déficit con respecto a las necesidades y expectativas de gran parte de los individuos, quienes, a través de las redes sociales, han podido observar los desmedidos lujos de la elite económica y comparar esto con su realidad. Todo ello ha provocado, antes y en nuestra época, sentimientos que han alimentado movilizaciones populistas, nacionalistas, proteccionistas, por el deseo de recuperar la comunidad originaria de la que nos habla Anderson (2006).

En Estados Unidos, el trabajador blanco de más de sesenta años, con poca educación y, muchas veces, sin trabajo o cuyos ingresos no le alcanzan para vivir cómodamente su jubilación culpa a los migrantes porque, desde su perspectiva, en la medida en que el Estado les proporciona servicios sociales, sobre todo a los indocumentados, hay menos recursos para los seguros de retiro; por tanto, su comunidad imaginada está compuesta por blancos, a

² Decisiones controvertidas que se reprocharon al gobierno de Barack Obama (*Expansión*, 2008).

quienes reconoce con respeto, es decir, anhela la vuelta a un pasado más simple, de ideales compartidos con vecinos semejantes a él y un estilo de vida acorde con el *American Dream*, algo que quizás nunca existió (Márquez-Padilla, 2020: 144).

La llegada de Barack Obama, el primer presidente afroamericano (2009-2017), demostró, en la mentalidad de este trabajador blanco, que el gobierno trabajaba sólo para beneficio de las minorías. El mandatario y su esposa Michelle eran vistos como beneficiarios de las oportunidades que permiten a las minorías asistir a las mejores universidades de Estados Unidos, lo que, desde luego, le había facilitado llegar a la Presidencia. Y es así como surge el Tea Party, que ya evidenciaba los sentimientos populistas que se estaban auspiciando. Los migrantes indocumentados comenzaron a ser considerados, con mayor fuerza, como los causantes de la decadencia nacional, porque, para ese sector blanco y otros afines, si el gobierno gastaba en educación, comida y salud para los migrantes, los trabajadores blancos ya no recibirían los beneficios que les correspondían legítimamente, como el Medicaid y el Medicare, por lo que se resistieron a pagar más impuestos que, según ellos, se destinarían a mantener a los indocumentados. Resumiendo, podemos decir que los populistas llegan al poder porque los individuos están desencantados de las democracias.

Una caracterización del populismo

En este contexto, se gestan los movimientos populistas y acceden al poder a través de las propias democracias, de casi todas, como nos informa Nadia Urbinati (2019). En Estados Unidos, su primera versión fue el Partido del Pueblo (People's Party [1891-1908]), organización de origen agrario surgida en el siglo XIX como una reacción a la revolución industrial, mientras que hoy en día las respuestas populistas se dan frente a las aceleradas transformaciones que impone la globalización, cuyos procesos económicos ocurren con tal rapidez que originan grandes cambios que impactan también las esferas sociales y culturales.

En los movimientos populistas, el líder convoca al pueblo, considerado virtuoso, en contra del *establishment*, de la elite global, en busca del retorno a un pasado mitificado. Se formulan demandas en defensa de algún grupo que

ha sido excluido, dividiéndose a la sociedad entre “nosotros” y todos los que están en contra, que pasan a ser “los otros”, caracterizados no sólo como contrincantes sino como enemigos.

El mayor peligro que entraña el líder populista son sus tendencias autoritarias, porque por muy buenas que sean sus intenciones, al concentrar el poder y descartar la pluralidad obstruye también la deliberación. Es decir, el populismo surge en una sociedad polarizada; así se explica la llegada de Trump a la Presidencia en 2016, y entendemos que aunque él no creó la polarización (más bien es producto de ella) sin duda la intensificó. Según Edward Luce, el populismo es una política de la identidad que impulsa el nacionalismo y es contraria al pluralismo, ingrediente fundamental de la democracia (Luce, 2017). Por su parte, John Judis observa que los populismos se propagan cuando se está gestando una crisis política porque el pueblo siente que las normas que lo rigen no son compatibles ni resuelven sus miedos y preocupaciones (Judis, 2016). La población empieza a desconfiar de sus instituciones, que son constantemente atacadas por el líder y, cuando hay incertidumbre, los ciudadanos tienden a preferir un líder fuerte, incluso autoritario, pero que les dé seguridad, algo a lo que Ronald Inglehart llama reflejo autoritario (*authoritarian reflex*; Inglehart, 2018).

Los populismos se tornan peligrosos porque desconocen valores fundamentales de la democracia, como el pluralismo, la tolerancia social, la aplicación de la ley, los derechos humanos y el ejercicio de las libertades (Norris, 2017). El líder se presenta como la voluntad del pueblo; es él y solamente él quien sabe lo que es bueno para el pueblo, por eso también suele aferrarse al poder. Ahora, si bien un país regido por el libre mercado permite que se cometan excesos y abusos, en uno administrado por un Estado todopoderoso la libertad de los ciudadanos corre peligro; por tanto, desde nuestra perspectiva, sólo el equilibrio entre estos tres pilares, Estado, mercado y sociedad civil, permite visualizar sociedades más justas y equitativas (Rajan, 2019).

“Los actuales populismos han adquirido gran fuerza en poco tiempo al montarse en la ola de la revolución tecnológica. El líder logra un contacto directo con las masas con una intensidad y unos alcances nunca antes registrados y, por tanto, las puede movilizar con mucha mayor velocidad” (Márquez-Padilla, 2020: 135). En los movimientos populistas existe la creencia de que las elites gobernantes son necesariamente corruptas y antidemocráticas en la medida en que no han tratado a los gobernados equitativamente (Rajan, 2019: 214).

Los líderes populistas construyen enemigos, logrando que la sociedad se unifique en contra de ellos y a los grandes desafíos presentan soluciones simples. Para Trump, los enemigos éramos China y los mexicanos, por lo que, desde su perspectiva, con impuestos y muros se solucionarían los problemas de Estados Unidos.

Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018) argumentan que para derrocar a un régimen democrático se pueden utilizar medios legales aceptados por legislaturas y tribunales, presentándolos como acciones para mejorar dicho sistema, hacer más eficiente la labor de los representantes de la ley o para combatir la corrupción; sin embargo, se requieren normas robustas para que los pesos y contrapesos realmente protejan a la democracia, y proponen dos:

1. la tolerancia entre legítimos rivales; es decir, no ver a los opositores como enemigos;
2. el control de los políticos, con el fin de que no abusen de sus prerrogativas institucionales.

Si bien el populismo podría justificarse como una forma de rejuvenecer las democracias, en realidad algunos de sus líderes aspiran a crear un nuevo tipo de gobierno representativo, aunque “desfigurado” (Urbinati, 2019). Los populistas están en contra de los intermediarios, desconfían de los pesos y contrapesos, y promueven el voto automático, sin deliberación del ciudadano. Urbinati nos explica que paradójicamente, aunque el populismo se presenta como antielitista, gobierna en forma elitista a través de su líder, dada su manera de manipular a las masas. Mientras que la democracia deliberativa promueve la discusión para encontrar un punto de coincidencia de la voluntad general, en el populismo se pretende impedir ese ejercicio imponiéndose la voluntad del líder y haciendo lo necesario para unificar los intereses de todos en torno suyo, desalentando sistemáticamente la formación de otras mayorías, por lo que realmente no es una democracia. El populismo transforma las reglas democráticas para exaltar al líder y el pueblo abdica de su poder en favor suyo. “Mi argumento central es que el populismo nunca puede resolver el problema por el cual los populistas reaccionaron” (Urbinati, 2019: 207).

Al analizar el gobierno de Donald Trump, observamos que cumple con cada una de las características de los populismos: dividió a la sociedad entre

“nosotros”, los que constituyen su base, y los “otros”; usaba las redes sociales, como Twitter, para comunicarse directamente con sus seguidores;³ creó enemigos, debilitó las instituciones, mostró públicamente su desconfianza en la ciencia y descalificó a la comunidad científica, concentró el poder y la toma de decisiones, se rodeó de personas leales, aunque no necesariamente calificadas. Siguiendo a Levitsky y Ziblatt, resulta evidente que no ejercía la tolerancia y veía a sus opositores como enemigos; tampoco se apegaba a la norma de no abusar de sus prerrogativas y presionó constantemente a sus subordinados. En suma: no expresó ni expresa un respeto a la ley, además de ser nacionalista y proteccionista, y no le interesa realmente el contexto internacional.

Durante su mandato, no proveyó al país de un marco de arreglos institucionales y sociales que facilitaran el razonamiento de los individuos. Por el contrario, minó la legitimidad de las instituciones, e inició un ataque a todos los pesos y contrapesos del sistema. Cohen señala que en las democracias deliberativas las instituciones deben ser vistas como legítimas en tanto que establecen el marco para que se produzca la libre deliberación pública (Cohen, 2009).

Lejos de expresar el respeto por los “otros” como iguales, los consideraba enemigos. No facilitó la rendición de cuentas ligando el ejercicio del poder con el razonamiento público. En lugar de promover el pluralismo, atacó a todos aquellos que no pensaban como él. No se preocupó de buscar la verdad, sino que diseminó prejuicios y mentiras. Alejándose del propósito de crear consensos, polarizó a la sociedad gobernando sólo para su base.

El populismo como movimiento internacional

Nos surge la pregunta: ¿se trata de un fenómeno aislado? No debemos ver al Tea Party como una excepción, pues el populismo es una circunstancia global a la que tenemos que estar atentos. Steve Bannon captó la ansiedad de la población y creó una alianza con Trump para llevarlo a la Presidencia (Green, 2017). Era un ejecutivo de Breitbart News, una cadena de ideología de derecha

³ El 8 de enero de 2021, la plataforma vetó al entonces mandatario cerrando su cuenta de forma permanente, tras los disturbios del 6 de ese mismo mes en el Capitolio, por considerar que los había alentado (Twitter, 2021).

populista, o más concretamente, una plataforma de la Alt-right (abreviatura de *alternative right* o derecha alternativa, en realidad extremista, basada en el nacionalismo blanco) que había estado siguiendo a los populismos de Europa. Acorde con las teorías de la conspiración en boga a nivel mundial, Bannon comenzó a hablar de la corrupción moral e intelectual detrás de las decisiones de los bancos, los grandes financieros, el gobierno, los medios, las elites globales, quienes habrían estado conspirando en contra de los trabajadores.

Bannon se percibe a sí mismo no sólo como el defensor de la clase trabajadora, sino de la civilización occidental, amenazada por el islam. Consideraba indispensable mover al partido detrás de la identidad blanca. Con el apoyo del dinero de la familia Mercer abrió sucursales de Breitbart en Londres (cuya labor ayudó al Brexit) y en Texas. Fue entonces que Trump, asesorado por Bannon, empezó su campaña atacando a los migrantes mexicanos, acusándolos de violadores, y agregó que construiría un muro para detener la migración. La narrativa proteccionista, nacionalista, de odio y antiinmigrante construida por Bannon tuvo un éxito inmediato. Además, este ejecutivo, socio de Cambridge Analytics, compañía que también apoyó el Brexit, intervino en la elección de 2016 utilizando las técnicas *big data* y mandando mensajes orientados sobre todo a los afroamericanos para desincentivar su voto por Hillary Clinton.

El nacionalismo hoy en día es producto de la percepción de las clases media y trabajadora de que las elites, tanto las económicas como las políticas, dejaron de promover los intereses del propio país al impulsar la globalización. La gran concentración de la riqueza, el estancamiento del valor del salario y la falta de oportunidades también originan reacciones nacionalistas; no obstante, el nacionalismo puede ser positivo en tanto que genera un sentimiento de solidaridad entre conciudadanos, pero puede tornarse contraproducente cuando conduce a excesos. Este resurgimiento de su versión populista se ha comparado con los movimientos de los años treinta del siglo xx, que motivaron la configuración de la Alemania nazi, época en que se recurrió al proteccionismo, al aislamiento en política exterior y al desprecio por los organismos internacionales (Browning, 2018). Sin duda, debiéramos aprender las importantes lecciones que nos brinda la historia.

Lo distinto de este nacionalismo es que se está creando una red de países con esa tendencia, cuando antes, justo por las características de esta ideología, las naciones no tenían contacto entre sí; no obstante, las ha unido el sentimiento antiinmigrante (Applebaum, 2020).

Al abandonar los asuntos de la Casa Blanca, Bannon emprendió una lucha por lo que llama “el movimiento”, pues “cree que el auge de movimientos nacionalistas en todo el mundo, desde Europa hasta Japón, y en los Estados Unidos, presagia el retorno a la tradición” (Green, 2017: 207). Se reunió con el Frente Nacional en Francia, con el líder populista de Alternativa de Alemania, con los partidos por la libertad de Holanda y de Austria, el Partido Popular en Suiza, alabó el éxito de la Liga del Norte en Italia, visitó a Viktor Orbán de Hungría, apoyó a Jair Bolsonaro en Brasil y a Vox en España; también ha expresado su deseo de crear la infraestructura para un movimiento global populista (Porter, 2018). Asimismo, considera que los judíos, los musulmanes, los afroamericanos y los latinos están recolonizando tanto a Europa como a Estados Unidos, *diluyendo* la raza blanca. Este movimiento, de ideología individualista, pretende reducir a su mínima expresión la intervención del Estado, promueve la desregulación y la reducción de impuestos, y sus seguidores se sienten amenazados por iniciativas de orientación socialista. De hecho, en su discurso de despedida Donald Trump habló de la importancia de tal movimiento.

Precisamente esta red de países nacionalistas populistas conservadores podría ser la mayor amenaza para la democracia, no sólo de Estados Unidos, sino mundial, debido a que están dispuestos a dejarse liderar por dirigentes autoritarios con tal de cerrar sus fronteras, y esta clase de líderes desprecia a las instituciones democráticas, más aún, las cuestiona o destruye; pese a ello las masas los siguen en su afán de recuperar el presunto paraíso perdido. Por ello, es importante subrayar que es en estos contextos internacional y nacional amenazantes en los que ocurren las elecciones de 2020 en Estados Unidos; sin este dato no podremos entender todo el proceso hasta llegar a la toma de posesión de Joe Biden. No sólo estaba en juego la renovación de presidente, sino un posible cambio de régimen, de uno democrático a un populismo autoritario que, sin duda, está teniendo resonancia mundial, como vemos en Turquía, Polonia, Grecia, Hungría, Brasil e India. Es decir, tenemos que visualizar a los populismos de derecha y de izquierda como parte de un movimiento internacional que está cimbrando los cimientos de la democracia liberal.

Si bien el ojo del mundo está siempre atento al desempeño de las democracias, es durante las elecciones cuando se centra en el país en cuestión, atestigüando ese proceso. Se exige transparencia, apego al derecho y respeto al voto ciudadano, que cada sufragio tenga el mismo peso, vigilancia de las leyes

electorales y la aceptación de los resultados; por ello es que debe estar abierta siempre la posibilidad de la alternancia. Por último, se demanda un cambio pacífico del poder. A continuación veremos cómo este proceso democrático sufrió un serio ataque durante la reciente elección de Estados Unidos.

La elección de 2020

Antes de que iniciara el proceso electoral, el entonces presidente Donald Trump arrancó con la primera etapa de su estrategia, es decir, proclamó que se cometería un gran fraude al ver que las encuestas no lo favorecían. Debido a la pandemia por Covid-19 y al hecho de que ya había más de 300 000 muertos por esta causa, los estados decidieron facilitar e instrumentar la votación vía correo postal, práctica que varios de ellos llevan a cabo desde hace mucho; además hay que recordar que toca a estas entidades realizar los comicios. Por ejemplo, en California se decidió que, debido a la crisis sanitaria, la boleta electoral se mandaría a todos los electores registrados.

Desde el inicio, Trump se opuso al voto por esa modalidad, incluso se negó a otorgar más recursos al correo, necesarios para que esta institución pudiera realizar adecuadamente tan enorme tarea. En otras palabras, lo que claramente preocupaba al entonces presidente era que más gente podría votar. Su interés no era ganar lo más democráticamente posible, sino a cualquier costo.

Valdría la pena recordar los números de la elección de 2016, donde Trump obtuvo 62 985 106 votos (el 45 por ciento), contra los 65 853 625 (el 48 por ciento) de la demócrata Hillary Clinton. Es decir, no debemos olvidar que si bien Clinton perdió el voto electoral (232) contra Trump (306), derrotó a su contrincante por casi 3 000 000 de votos en la votación popular, además de que con gran entereza reconoció su derrota por la decisión del Colegio Electoral y ésta es una de las características más importantes de la democracia: que el perdedor acepte que lo es, y es así como, posteriormente, puede cumplirse con otro de sus requisitos fundamentales, si no es que el más elemental: la transmisión pacífica del poder.

Es importante señalar que en esos comicios los hombres blancos representaban el 70 por ciento del electorado y fueron quienes fundamentalmente respaldaron a Trump. Esos hombres blancos de más de sesenta y cinco

años, con poca educación, muchos de ellos sin empleo, que se sentían excluidos desde su comunidad original al devenir multicultural —cambio favorecido por decisiones de la elite democrática—, experimentaron una crisis de identidad, mientras que las minorías ganaban reconocimiento y se iban empoderando.

Desde los años sesenta, la revolución cultural se olvidó de este grupo fundamental de la sociedad estadounidense, que en ese contexto fue experimentando cada día más incertidumbre, ansiedad, odio y temor, y fue justo Trump, asesorado por Bannon, quien advirtió y aprovechó este descontento.

Ahora bien, a pesar de todas las descalificaciones de Trump, la elección de 2020 se celebró y los datos empezaron a fluir, de tal manera que para el 19 de enero del año siguiente el resultado fue que tanto el voto popular como el electoral favorecieron a Joe Biden, quedando los números así:

VOTO ELECTORAL	VOTO POPULAR
<ul style="list-style-type: none"> • Biden 306 • Trump 232 	<ul style="list-style-type: none"> • Biden 81 283 563 (51.3%) • Trump 74 223 433 (46.8%)

FUENTE: Reuters Graphics (2021).

Si bien todos los analistas temíamos que, en caso de que la elección fuera muy cerrada el presidente Trump se inconformara, también teníamos la esperanza de que si los números marcaban una amplia diferencia, aunque inconforme, aceptaría el resultado, pero la realidad nos superó por mucho, pues en lugar de aceptar su derrota, en ese momento inició otra etapa de su estrategia, descalificando por todos los medios los resultados al afirmar que los comicios habían sido un gran fraude, y una mentira repetida por un presidente tiene claras consecuencias.

En este proceso hubo una gran participación ciudadana, de aproximadamente el 67 por ciento de la población, sin duda la más alta desde inicios del siglo xx. Si bien en 2020 Trump superó los votos recibidos en 2016, al ser favorecido con 74 223 433, su adversario obtuvo 81 283 563, lo que representa una diferencia de más de 7 000 000.

Ahora bien, si comparamos las dos elecciones nos damos cuenta de que en la de 2020 por Trump votaron alrededor de 12 000 000 de ciudadanos más que en la de 2016, lo cual constituye un gran récord que debe comprenderse

en toda su extensión. Después de Joe Biden, sin duda el candidato con más votos populares, el segundo más votado en la historia, ha sido Donald Trump, superando a Barack Obama (con cerca de 65 000 000), un hecho que no debemos ignorar. Sin duda, el presidente Biden hereda una sociedad muy dividida, 74 223 433 ciudadanos votaron por Trump. Según CNN, el 75 por ciento de los republicanos sí cree que se robaron la elección (Agiesta, 2021). Tal vez el dato más impresionante sea que Clinton perdió los *rust states* de Pensilvania, Wisconsin y Michigan tan sólo por 77 736 votos en 2016. Y Trump perdió Wisconsin, Georgia y Arizona por nada más 42 918 votos (Allen y Parnes, 2021). Es decir, a pesar de un pésimo manejo de la pandemia y de una crisis económica sin precedente Trump estuvo a punto de ganar las elecciones. Este apoyo no va a desaparecer rápidamente; por el contrario, puede aumentar conforme los republicanos se opongan a las políticas de Biden, las cuales muchos consideran como muy extremistas.

Cuando analizamos la votación de los estados, nos damos cuenta de que mientras que en 2016 Trump ganó los denominados “estados columpio” (*swing states*), para 2020 fue Biden quien conquistó más de estas entidades (compárense los cuadros 1 y 2).

CUADRO 1
RESULTADO DE LA ELECCIÓN DE 2016 EN ESTADOS COLUMPIO (%)

	<i>Pensilvania</i>	<i>Florida</i>	<i>Michigan</i>	<i>Wisconsin</i>	<i>Georgia</i>
Donald Trump	48.2	49	47.3	47.2	50
Hillary Clinton	47.5	47	47	46.5	45

FUENTE: Elaboración propia con base en *The New York Times* (2017).

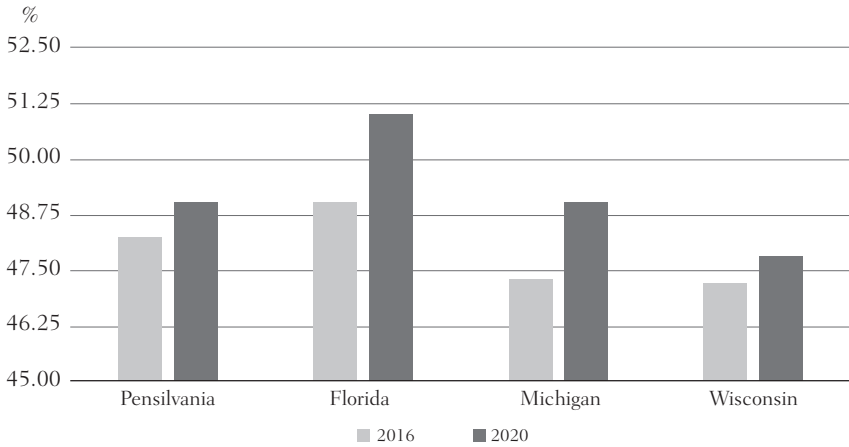
CUADRO 2
RESULTADO DE LA ELECCIÓN DE 2020 EN ESTADOS COLUMPIO (%)

	<i>Pensilvania</i>	<i>Florida</i>	<i>Michigan</i>	<i>Wisconsin</i>	<i>Georgia</i>	<i>Arizona</i>
Donald Trump	49	51	47.8	48.8	49.2	49.1
Joe Biden	50	48	50.6	49.5	49.5	49.4

FUENTE: Elaboración propia con base en Reuters Graphics (2021).

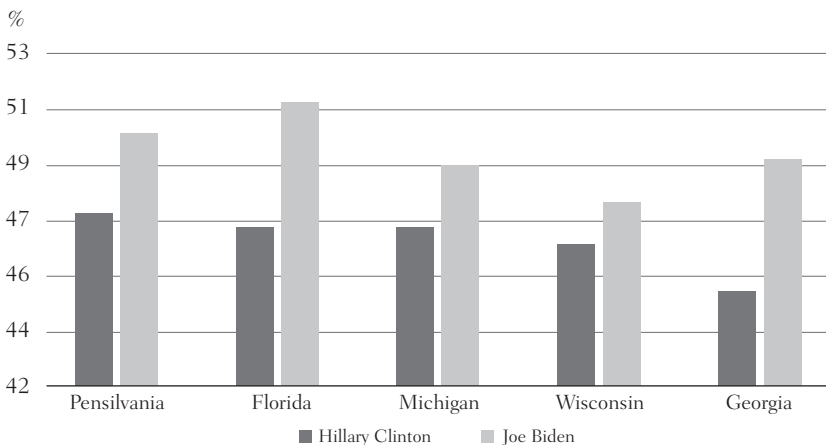
Además, a pesar de que de una elección a otra Donald Trump obtuvo una mayor votación en los estados columpio, como lo demuestra la gráfica 1, Joe Biden lo superó y también a su compañera de partido, Hillary Clinton (véase la gráfica 2), pues ganó en Wisconsin, Michigan y Pensilvania.

GRÁFICA 1
VARIACIÓN DEL VOTO PARA DONALD TRUMP ENTRE 2016 Y 2020



FUENTE: Elaboración propia con base en *The New York Times* (2017) y Reuters Graphics (2021).

GRÁFICA 2
VARIACIÓN DEL VOTO PARA CANDIDATOS DEMÓCRATAS ENTRE 2016 Y 2020



FUENTE: Elaboración propia con base en *The New York Times* (2017) y Reuters Graphics (2021).

El expresidente Trump aumentó su votación de 2016 en Florida, Pensilvania, Michigan y Wisconsin, pero Biden lo rebasó en todos ellos salvo en el primero. Por otra parte, el demócrata logró más respaldo que Hillary, sobre todo en Pensilvania, Georgia y Arizona, entidades clave en esta elección.

Ahora bien, si queremos recordar cómo se pronunciaron los distintos grupos de la sociedad observamos lo siguiente:

CUADRO 3
VOTACIÓN POR GRUPO SOCIAL (%)

	<i>Afro-americanos</i>	<i>Blancos</i>	<i>Latinos</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Mujeres negras</i>	<i>Jóvenes (18-29)</i>	<i>Más de 65</i>	<i>Sin estudios universitarios</i>
Joseph Biden (2020)	87	45	70	41	56	90	54	47	48
Donald Trump (2020)	10	57	32	49	45	s/d	36	51	49
Donald Trump (2016)	6	62	29	53	42	2	37	53	64
Hillary Clinton (2016)	91	37	65	41	54	98	51	44	43

FUENTE: Elaboración propia con datos de Duffin (2020); Morales (2020); Pew Research Center (2018); Zhang y Burn-Murdoch (2020); *The New York Times* (2017) y Luhbi (2016).

La mayoría de los hombres blancos sufragó por Trump en 2016, aunque perdió cierto número de adeptos en 2020. Más mujeres votaron por Biden (el 57 por ciento) que por su oponente (el 42 por ciento). Los afroamericanos, tanto hombres como mujeres, optaron mayoritariamente por Biden, tal vez debido a la presencia de Kamala Harris como su compañera de fórmula, aunque un 3 por ciento más que en la elección de 2016 eligió a Trump. Si consideramos al conjunto de las personas religiosas, Trump fue apoyado por el 50 por ciento, mientras que Biden lo siguió muy de cerca con el 49 por ciento. De los blancos evangélicos y cristianos renacidos (*born again Christians*), el 76 por ciento votó por Trump contra el 24 por ciento que confió en Biden.

A Biden también le fue bien con los asiáticos, pero obtuvo menos apoyo de los latinos que Hillary en 2016; estos últimos sufragaron en un 3 por ciento más por Trump que en 2016. Los más jóvenes, entre dieciocho y veintinueve años, apoyaron en su mayoría a Biden, mientras que los mayores y sin educación siguieron con su respaldo a Trump, aunque en menor medida que en 2016. Los más ricos votaron por él y los más educados por Biden, lo mismo que quienes se preocupan por la emergencia sanitaria por la Covid-19 (el 82 por ciento), pero quienes se enfocaron en la seguridad (el 71 por ciento) y la economía (el 83 por ciento) votaron por el republicano.

Algunas minorías sin educación universitaria de entre veinte y veinticinco años votaron por Trump; quizás la ayuda económica que recibieron por la pandemia era mayor que su salario normal (Zhang y Burn-Murdoch, 2020).

La mayoría de los condados ubicados en áreas rurales permanecieron fieles al empresario neoyorkino, mientras que en las ciudades el respaldo fue para Biden (el 65 por ciento), más que el recibido por Hillary en 2016 (el 60 por ciento), especialmente en los estados donde hubo empate, como Michigan, Pensilvania, Wisconsin y Georgia. En algunos condados suburbanos en donde Trump ganó en 2016 se produjo un cambio en favor de Biden, cuyos votantes se localizan principalmente en grandes ciudades y suburbios, y fue justo en estos últimos donde votaron un 10 por ciento más por Biden (el 54 por ciento) que por Hillary en 2016.

En los condados donde ganó el demócrata hay más población afroamericana, latina y asiática, graduados universitarios, nacidos en el extranjero y solteros (Frey, 2021). Por ejemplo, Georgia, donde el último candidato demócrata triunfador fue William Clinton en 1992, ha experimentado relevantes cambios demográficos. Ahora tiene más población afroamericana, latina y asiática; también hay más jóvenes universitarios, lo que hizo aumentar la votación de los ciudadanos blancos con estudios superiores en Atlanta; por lo tanto, los condados urbanos y algunos suburbanos contribuyeron al triunfo de los demócratas (Frey, 2020).

Trump no sólo recibió votos de las áreas rurales, pues únicamente el 14 por ciento de los estadounidenses vive en ellas y constituyen mayoría nada más en seis estados: Wyoming, Vermont, Montana, Dakota del Sur, Dakota del Norte y Misisipi; también lo apoyaron en las ciudades más pobladas pues, por ejemplo, según Van Dam (2020), el condado de Los Ángeles es comparable a la votación popular de 633 condados rurales juntos. En relación

con el voto latino, se reafirmó la tendencia observada: debido a su gran heterogeneidad y a su situación en cada estado, ellos no votan en bloque, es decir, se encuentran claramente divididos. En Florida, la narrativa de los republicanos respecto del supuesto “socialismo” de Biden fue exitosa, particularmente con los venezolanos y cubanos, por lo que votaron por Trump. Igualmente en Texas, donde los latinos son más conservadores, sobre todo por el tema del aborto, su apoyo fue fundamental para el triunfo trumpista. Por su parte en Arizona, California, Nueva York, Wisconsin y Nuevo México el voto latino favoreció a Biden. Vale la pena resaltar que este segmento se convirtió en el segundo con mayor cantidad de electores. Cabría suponer que, dada la actitud discriminatoria de Trump y sus políticas antiinmigrantes, el sufragio latino disminuiría, pero a muchos de ellos les importan más otros temas, como la economía y el empleo, y los valores de algunos son más conservadores que los de los demócratas.

A pesar del gran número de muertes por Covid-19 (401 772 para cuando terminó la administración de Trump), sus seguidores no lo culpaban por eso. Por otra parte, son más individualistas y rechazan las imposiciones, incluyendo la instrucción de usar el cubrebocas, por lo que se sentían mejor representados por el republicano.

Una vez que las autoridades electorales empezaron a difundir los resultados, Donald Trump inició la segunda etapa de su estrategia: interponer una serie de demandas a todo lo largo del país, argumentando que se habían cometido fraudes en algunos estados; esto a pesar de que los departamentos de Justicia y de Seguridad Nacional manifestaron lo contrario; no obstante, sus abogados presentaron sesenta litigios y en varias entidades se volvieron a contar los votos para despejar cualquier duda, incluso en Georgia los recontaron dos veces. En todos los casos, los tribunales fallaron en contra de los abogados de Trump por falta de pruebas. Los jueces nombrados tanto por demócratas como por republicanos, estado por estado, declaraban que no había razón para hablar de fraude. Las supremas cortes de Arizona, Nevada, Michigan y Pensilvania se negaron a considerar las demandas.

En Pensilvania, un tribunal de circuito decidió que los votantes debían mostrar una identificación adecuada para sufragar, lo que afectó a algunas personas; sin embargo, la Suprema Corte del estado rechazó la acusación de fraude masivo y la mayoría de los condados logró certificar los votos antes del 8 de diciembre, como era obligatorio.

Las demandas llegaron hasta la Suprema Corte de la Nación, la cual declinó en dos ocasiones aceptar el caso. Los republicanos seguidores de Trump pedían que se rechazaran los votos electorales de cuatro estados. Un juez nombrado por el entonces presidente no aceptó el caso, reconociendo el poder de los estados para realizar las elecciones. Cabe hacer notar que Trump nombró a casi trescientos jueces en todo el país y, a pesar de que creía tener un control total sobre ellos, esto no fue así y triunfó el respeto por la Constitución.

La mayoría de las demandas se presentaron en los estados más competidos: Arizona, Georgia, Michigan, Nevada, Pensilvania y Wisconsin (Cumplings *et al.*, 2021). Curiosamente Trump hablaba de fraude hasta en estados donde habían ganado cargos en el Congreso candidatos del Partido Republicano y cuyos procesos electorales eran vigilados por funcionarios republicanos.

Una vez que sus alegatos fueron desechados, inició la tercera parte de su estrategia: Trump y sus seguidores exigieron a las legislaturas estatales que se inconformaran y organizaran sesiones sobre el supuesto fraude, por lo que el viernes 13 de noviembre logró que cien republicanos se unieran para objetar la certificación del Colegio Electoral, que validaría el triunfo de Joe Biden durante la sesión del Congreso del 6 de enero de 2021.

También trató de presionar directamente a los responsables estatales de las elecciones. Por ejemplo, pidió al líder de los representantes de Pensilvania cambiar los resultados y, si bien se argumentó que la legislatura estatal no tenía autoridad para hacerlo, junto con sesenta republicanos Trump envió una petición a dichos representantes objetando los resultados (Gardner *et al.*, 2020). Por si esto no fuera suficiente, llamó al secretario de Estado de Pensilvania y le pidió que consiguiera unos cuantos votos para su causa.

En Georgia presionó al gobernador, Brian Kemp, quien le informó que no tenía autoridad para rechazar los resultados. Hasta el mismo vicepresidente, Mike Pence, fue objeto de esta estrategia, cuando Trump le pidió que no certificara el voto electoral en la sesión conjunta del Congreso. Afortunadamente, Pence le respondió que no tenía esa atribución pues, conforme lo mandata la Constitución, corresponde a los estados realizar las elecciones y validar el voto electoral, que posteriormente es solamente certificado por el Congreso.

La toma del Capitolio

Por último, el entonces presidente aplicó la fase final de su estrategia y, sin duda, la más peligrosa: incitó a las masas a manifestarse para evitar que se llevara a cabo la certificación de los resultados; fue así como miles de ciudadanos afines a Trump asaltaron el Capitolio representando la escena más aterradora que las generaciones actuales nunca imaginamos: una turba enfurecida rompiendo ventanas e invadiendo el Congreso. El saldo fue de cinco personas muertas, entre ellas un policía.

Durante su administración, Donald Trump sacó a muchos grupos extremistas de la clandestinidad, pues el racismo es un problema muy profundo en Estados Unidos, que viene cargándose desde la guerra de secesión, dado que hay aspectos que no han podido resolverse en torno a los derechos de la comunidad afroamericana y su lugar en esa sociedad. Los grupos ultraderechistas no aceptan la existencia de una sociedad multicultural y se empeñan en seguir construyéndose la imagen de una sociedad blanca.

En 2017, durante las manifestaciones de Charlottesville, donde hubo muertos en los enfrentamientos entre grupos racistas y antirracistas, el presidente Donald Trump declaró que había gente decente en ambos grupos, logrando así legitimar a los racistas y equipararlos con los activistas contrarios a ellos. Hay más de quince grupos dentro de Alt-right que se ubican en el espectro de la extrema derecha. Si bien cada cual tiene diferentes metas y algunos son más radicales que otros, todos se unifican en torno al deseo de frenar la migración y son contrarios a las minorías, sean afroamericanos, latinos, judíos, musulmanes o grupos LGBTQ+. Las redes sociales les han permitido reclutar a muchos seguidores, incluso han creado sus propias plataformas como Parler y GAB, para evitar la censura hacia sus mensajes de odio.

Entre estos grupos están Oath-keepers (milicias radicales contrarias a la izquierda), Aceleracionistas (que pretenden acelerar la caída del capitalismo), Boogaloo Boys (armados y a favor del Estado supremacista), Atomwaffen (de corte paramilitar neonazi y presencia internacional), Betsy Ross (supremacistas), QAnon (contrarios a los demócratas pedófilos, buscan derrocar el Estado profundo), Three Percenters (surge a partir de Obama) y Proud Boys (paramilitares, formado en 2016). Muchos de ellos creen en una gran teoría de la conspiración ZOG (*zionist occupation government*), es decir, un gobierno

en la sombra, manejado por poderosas personalidades judías, cuyo objetivo es acabar con la raza blanca (Castellano y García Ramón, 2021).

El miércoles 6 de enero, durante la toma del Capitolio, los manifestantes gritaban ¡Hang Pence!, lo que demuestra el claro peligro que representan los extremismos desbordados. Mientras tanto, el presidente Trump y su familia veían los disturbios con música de fondo pero, a pesar de este acto ignominioso y gracias a que muchos senadores, ante el peligro en que estuvieron, ya no firmaron los documentos presentando inconformidades, el Congreso pudo certificar el voto electoral como correspondía. Hubo una reacción inmediata de parte de los demócratas, quienes visualizaban dos caminos:

1. aplicar la enmienda 25, conforme a la cual el vicepresidente y más de la mitad de su gabinete consideran al presidente en funciones no apto para gobernar, o
2. llevar a cabo un segundo juicio político (*impeachment*).

Como era de esperarse, Mike Pence se negó a invocar la enmienda 25, pues claramente espera heredar la base de Trump para postularse en la elección de 2024. Esto dejaba a los demócratas en medio de una gran paradoja: o le pedían cuentas al presidente por incitar a la población a la insurrección, lo cual, aunque fue una clara amenaza a la democracia, habría podido intensificar el descontento de las bases trumpistas, pero al mismo tiempo buscaba evitar que el republicano pudiera ser otra vez candidato al afrontar un segundo juicio político, o no iniciaban dicho juicio, permitiendo que Trump haga campaña para 2024, obstaculizando la administración de Joe Biden e incrementando la polarización.

Al final, a pesar de los riesgos optaron por el juicio político, convirtiéndose Donald Trump en el primer presidente procesado dos veces. En la Cámara de Representantes se votó y diez republicanos apoyaron la resolución, por lo que 232 representantes estuvieron a favor y 197 en contra, siendo la decisión con mayor apoyo bipartidista en relación con un juicio político. El juicio finalmente no procedió porque no se alcanzó a contar con la aprobación de por lo menos sesenta y siete votos (las dos terceras partes) en el Senado, debido a la resistencia de la mayoría de los senadores republicanos.

La discusión constitucional en ese momento giraba en torno a si se puede llevar a juicio político a un expresidente, en tanto que ya dejó el puesto. El

argumento a favor sostenía que ya se ha procesado a funcionarios que ya no ocupaban el cargo porque todos tienen que rendir cuentas.

El Partido Republicano también está inserto en un gran dilema: seguir apoyando al movimiento trumpista, con lo que quizás podrían retomar el poder en 2024, o recuperar su identidad, sus valores y distanciarse de Trump, lo que tal vez les dé el triunfo un poco más adelante. Por su parte, el Partido Demócrata debe moderar a su ala más radical porque, después de todo, tienen que aceptar que la sociedad está muy polarizada y Biden debe gobernar no sólo para los demócratas, sino tratar de incorporar y escuchar a estos grupos conservadores que se han sentido excluidos y siguen muy resentidos.

Podemos decir que la pandemia se tornó la prueba de fuego para el populismo del presidente Donald Trump. La concentración del poder y la toma de decisiones, debilitar a las instituciones, diseminar noticias falsas, ignorar a la ciencia y burlarse de la comunidad científica, rodearse principalmente de funcionarios leales, pero poco profesionales, acabó teniendo terribles resultados. Terminó su mandato con más de 400 000 fallecimientos por Covid-19, una economía con ocho puntos de desempleo y una contracción del 3.5 por ciento, la peor desde la segunda guerra mundial.

Por lo tanto, Trump perdió la elección y terminó con un magro 34 por ciento de aprobación y con la circunstancia histórica de ser el primer presidente en enfrentar dos juicios políticos.

Amenaza a la democracia

En un análisis previo a concluir su administración, el jurista Eric A. Posner, al preguntarse si Estados Unidos podía llegar a convertirse en un régimen autoritario, explica que, aunque Trump hubiese tenido la intención de transformarse en un dictador, el país cuenta con unas instituciones muy poderosas y sólidas que lo habrían impedido; los pesos y contrapesos habrían actuado para frenar esas tendencias (Posner: 2018) . Analicemos cuál fue la actitud del expresidente Trump ante estos mecanismos:

1. *La prensa*. Si bien su libertad está expresada (y garantizada) en el artículo primero de la Constitución, Trump caracterizó a la prensa como enemiga del pueblo y luchó contra aquella que lo criticaba a través de las redes sociales, acusándola de escribir sólo noticias falsas (*fake*

news). Además, como mencionamos antes, utilizó su cuenta de Twitter para difundir rumores de fraude y la existencia de una presunta conspiración para robarle la elección. Esta plataforma, al conocerse los sucesos violentos del asalto al Capitolio, cerró la cuenta del presidente por incitar al odio.

2. *El Congreso*. Trump logró que más de cien representantes republicanos apoyaran su mentira del gran fraude en la elección; más aún, incitó a la rebelión para que sus seguidores el 6 de enero bloquearan la sesión conjunta en que se daría la certificación del dictamen del Colegio Electoral. También trató por todos los medios que los congresos locales cambiaran los resultados de las elecciones, pero afortunadamente no lo logró.
3. *La burocracia*. Despidió a todos los que ponían en duda cualquier orden suya considerándolos desleales. Muchos en la Casa Blanca renunciaron ante sus acciones. James Comey, el director del Buró Federal de Investigaciones (FBI) fue despedido el 9 de mayo de 2017 por no querer parar una investigación sobre Michael Flynn, un asesor de Trump. En marzo de 2018 despidió a su secretario de Estado, Rex Tillerson (quien tenía una posición dura contra Rusia), para sustituirlo por Mike Pompeo, hasta entonces director de la CIA. La cúpula civil del Pentágono dimitió el 10 de noviembre de 2020, después de que el presidente despidiera al secretario de Defensa, Mark Esper, por negarse a enviar militares a reprimir los disturbios raciales. Todos argumentaron ser leales a la Constitución. Trump negó la legitimidad tanto del sistema judicial como del Departamento de Seguridad Nacional, luego de que afirmaran que no se detectó ningún fraude que pusiera en duda las elecciones.
4. *Las cortes*. Interpuso sesenta demandas denunciando un presunto fraude, aunque no mostró evidencia clara en ningún caso. A pesar de que, como dijimos, nombró a más de trescientos jueces y a tres ministros de la Suprema Corte, lo que daba la mayoría a los conservadores, ninguno, ni siquiera en esa corte, aceptó la teoría del fraude.
5. *Los estados y gobiernos locales*. El presidente Trump presionó a gobernadores para que cambiaran los resultados y, aunque pertenecían a su mismo partido, no cedieron. Los congresos locales fueron también apremiados por Trump. Finalmente el federalismo mostró su fortaleza.

6. *La sociedad civil*. Trump definió a quienes no lo apoyaban como sus enemigos pero, a través de dos importantes movimientos, la sociedad civil mostró su descontento: #Me Too, el más importante, integrado por mujeres, que inició con una magna manifestación en la ciudad de San Francisco. Por otra parte, indignados por el asesinato del afroamericano George Floyd, a pesar de la pandemia se organizaron movimientos con el lema “Black Lives Matter” en contra de la brutalidad policiaca y por la igualdad racial en casi todos los estados, a los que se sumaron una gran cantidad de ciudadanos blancos.
7. *Las masas*. Posner comenta que dictadores como Adolfo Hitler y Benito Mussolini utilizaron medios extralegales que contaron con la participación de las masas, a las que se incitó a emplear la violencia. Trump hizo lo propio al azuzar a una multitud a tomar el Capitolio el 6 de enero de 2021; así, el mundo presenció esta amenaza a la democracia estadounidense. Países democráticos expresaron su fe en que aquélla prevalecería; otros autoritarios, como Rusia, China e Irán, resaltaron las debilidades del sistema político de Estados Unidos.

Posner opina que sería muy difícil implementar todas estas tácticas y atacar a estas instituciones a la vez. De acuerdo con él, los pesos y contrapesos se refuerzan mutuamente y es complejo amenazarlos (Posner: 2018). Como hemos visto al revisar las instituciones que él enumera, todas y cada una fueron amenazadas durante el gobierno de Trump, cuyo propósito era ignorar los pesos y contrapesos establecidos por los padres federalistas, pero afortunadamente la democracia estadounidense fue resiliente.

Finalmente, el miércoles 20 de enero Joe Biden tomó posesión de la investidura presidencial. A pesar de todos los ataques, la democracia mostró su fortaleza, pero no podemos ignorar el gran peso de estas amenazas, las cuales siguen vivas mientras exista el movimiento trumpista, que hasta el momento aún tiene gran fuerza.

No será una tarea fácil reconstruir el tejido social de Estados Unidos. A pesar de la emergencia sanitaria y de la gran crisis económica, las bases de simpatizantes de Trump crecieron. Estos ciudadanos, además de creer que su líder manejó adecuadamente la pandemia, estuvieron de acuerdo con él en no usar cubrebocas y en abrir la economía rápidamente. La composición del Senado mostró un empate al quedar integrado por cuarenta y ocho

senadores demócratas, dos independientes (que votan en favor de los demócratas) y cincuenta republicanos. Sólo el voto de la vicepresidenta Kamala Harris otorga a estos últimos la mayoría, ya que es la presidenta del Senado. Por otro lado, en la Cámara de Representantes, los republicanos ganaron catorce lugares, cuando se esperaba que los demócratas arrasaran, pero hoy día sólo tienen una ventaja de cinco congresistas. Hay veintisiete gubernaturas republicanas y veintitrés demócratas. Solamente en quince estados los demócratas dominan al mismo tiempo los poderes Ejecutivo y Legislativo, mientras que en veintitrés los republicanos lideran ambas ramas del gobierno. Estos últimos cuentan con treinta legislaturas locales, mientras que sus adversarios sólo con dieciocho. Por otra parte, la Suprema Corte es en su mayoría conservadora debido a los tres ministros que nombró Trump. En este contexto de polarización llegó Joe Biden a la Casa Blanca.

Los cien días de la administración de Joe Biden

Al cumplirse cien días de trabajo, el presidente Biden había emitido cincuenta y nueve órdenes ejecutivas, en contraste con su antecesor, quien en el mismo lapso había publicado treinta y seis, mientras que Barack Obama había promulgado treinta y cuatro y George W. Bush doce. A partir de Obama comenzó a aumentar el número de órdenes ejecutivas en la medida en que necesitó, aunque no obtuvo, el apoyo bipartidista, pese a haberlo buscado desesperadamente, por lo que recurrió a ese instrumento que no requiere de la anuencia del Congreso. En el caso del presidente Joe Biden, el tamaño de las crisis de salud y económica lo obligaron a proceder de manera rápida, al estilo de Roosevelt.

Por ejemplo, en relación con los asuntos migratorios emitió órdenes ejecutivas sobre diversos temas, a saber:

1. eliminar restricciones a la migración por la pandemia;
2. dejar sin efecto los límites de admisión de refugiados;
3. permitir el acceso y otorgar protección a refugiados de los grupos LGTBTTIQ+;
4. derogar la orden de Trump de separar a las familias;
5. anular el memorando de Trump mediante el cual se exigía a los inmigrantes pagar al gobierno por el uso de los servicios públicos;

6. permitir que se incluya en el censo a quienes no sean ciudadanos;
7. fortalecer la Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (Deferred Action for Childhood Arrivals, DACA);
8. suspender la construcción del muro, terminando así la emergencia de seguridad nacional y con el fin de utilizar los fondos en otros rubros.

Acerca del medioambiente,

1. emitió una orden ejecutiva para regresar al Acuerdo de París y declaró que su gobierno reconoce el tema del cambio climático como un asunto esencial de política exterior y seguridad nacional;
2. restableció el Consejo Asesor del Presidente sobre Ciencia y Tecnología, y
3. canceló el oleoducto Keystone XL.

Con el fin de combatir la discriminación estructural, publicó órdenes para:

1. evitar que se puedan quitar fondos a aquellas ciudades que permitan manifestaciones en torno al tema de Black Lives Matter;
2. extender el periodo antes de que se ejecuten los desalojos por falta de pago de alquiler;
3. que las agencias gubernamentales promuevan la igualdad racial;
4. prevenir la discriminación en el trabajo, y
5. reformar los cuerpos policíacos exigiendo rendición de cuentas.

Con el fin de combatir la pandemia, promulgó órdenes ejecutivas para:

1. acelerar la elaboración y aplicación de vacunas;
2. establecer el Consejo de Pruebas de Coronavirus;
3. compartir datos sobre el coronavirus;
4. reabrir escuelas apegándose a las medidas de seguridad;
5. obligar al uso de cubrebocas en servicios públicos y aeropuertos, y
6. coordinar la respuesta a la Covid-19.

Además, su plan “America Is on the Move Again”, presentado ante el Congreso el 28 de abril pasado, contiene tres propuestas económicas:

1. asignar 1900 000 000 de dólares de acuerdo con la Ley del Plan de Rescate Estadounidense de 2021 (*American Rescue Plan Act of 2021*, conocida también como *Coronavirus Relief Bill*), firmada por el presidente y publicada el 11 de marzo pasado (U. S. Congress, 2021).
2. destinar 2300 000 000 a infraestructura, lo que incluye creación de puestos de trabajo, capacitación, cuidados para adultos mayores, escuelas, casas, agua limpia e infraestructura digital;
3. otorgar 1800 000 000 para planificación familiar (Family Planning), que serían canalizados a la educación, la capacitación y a guarderías.

La primera cifra (1900 000 000 de dólares) fue aprobada por el presidente mediante la mencionada ley, como parte del llamado *coronavirus relief package*, debido a la urgencia impuesta por las circunstancias, aunque no se tuviera el apoyo bipartidista. Respecto de las otras dos propuestas, ha habido gran oposición de parte de los republicanos, pues argumentan que el presidente no se limita a la definición clásica de infraestructura e incluye una serie de temas que nada tienen que ver con aquélla. Además, les preocupa la inflación y el déficit que se podrían provocar, porque consideran que se ha desincentivado el regreso al mercado de trabajo. De manera adicional, Biden propuso dos nuevos impuestos, uno corporativo y otro a quienes ganan más de 400 000 dólares al año, lo cual implicaría que sólo se gravaría por ese concepto al 1 por ciento de la población.

Sin duda el presidente Joe Biden es un gran transformador; al cumplirse los cien días ya se habían creado 1 300 000 empleos, la economía estaba creciendo al 6 por ciento y ya habían sido aplicadas 200 000 000 dosis de vacunas. Los estados poco a poco están retomando sus actividades, recuperándose económicamente, y la pobreza infantil está disminuyendo gracias a un apoyo de 1400 dólares recibido por sus familias. Por todo ello, el presidente cuenta con una aprobación del 53 por ciento entre la población (Galston, 2021).

Sin embargo, como se mencionó anteriormente, la amenaza a la democracia no ha desaparecido con la llegada del presidente Biden, quien sí respeta la democracia liberal, ya que a la fecha la sociedad continúa muy

polarizada y el apoyo a Donald Trump sigue siendo muy fuerte, además de que sus seguidores realmente creen que el demócrata les robó la elección. Asimismo, los republicanos están en contra de un papel protagónico del Estado en la resolución de los problemas. Acusan a los demócratas de ser socialistas pues, desde su perspectiva, promueven un Estado excesivamente interventor, algo inadmisibile para quienes defienden el individualismo y el liberalismo a ultranza.

Conforme a esta visión, es el mercado el que logra el balance adecuado y no la imposición continua de gravámenes. De hecho, hasta los demócratas aceptaron esta posición cuando Bill Clinton dijo que la época del gobierno grande había terminado; sin embargo, con el Obamacare (es decir, la Ley del Cuidado de la Salud a Bajo Costo) se subrayó el papel interventor del Estado. Lo que Joe Biden claramente busca es que el gobierno recupere un papel más protagónico debido a las dos crisis que atacan al país (la de salud y la económica), así como restablecer un equilibrio entre el Estado y el mercado, y aprovechar las capacidades redistributivas del primero con el fin de atemperar las grandes desigualdades. Proponer estas políticas transformadoras cuando en realidad los demócratas están preocupados por lograr ganar las elecciones intermedias de 2022 puede no ser la estrategia adecuada para ellos; más bien deberían tratar de recuperar el poder a nivel local, con el fin de consolidarlo a nivel federal, y entonces sí llevar a cabo los grandes cambios propuestos por el presidente Biden, sobre todo porque la amenaza que representan las bases de Trump está muy presente y continúa siendo un peligro ese sector de trabajadores blancos —hombres y mujeres— temerosos de los cambios, quienes a la fecha consideran que no han sido escuchados ni atendidos por los demócratas. Es decir, las causas que permitieron el populismo y el poder del expresidente Trump no han desaparecido, por lo que continúa la amenaza constante a la democracia estadounidense. Mounk nos previene de que, sin duda, éstos son tiempos extraordinarios, por lo que se requiere de una lucha en contra de los sistemas populistas en donde los derechos individuales son violados y el autogobierno desaparece de la Tierra (Mounk, 2018).

Fuentes

AGIESTA, JENNIFER

2021 “CNN Poll: Republican Party Favorability Dips as Most Want Party to Move On from Trump”, 17 de enero, en <<https://Eltrulytimes.com/cnn-poll-shows-75-of-republicans-believe-2020-election-stolen-from-president-donald-trump-html>>.

ALLEN, JONATHAN y AMIE PARNES

2021 *Lucky, How Joe Biden Barely Won the Presidency*. Nueva York: Crown Random House.

ANDERSON, BENEDICT

2006 *Imagined Communities*. Nueva York: Verso.

APPLEBAUM, ANNE

2020 *Twilight of Democracy. The Seductive Lure of Authoritarianism*. Nueva York: Doubleday.

BROWNING, CHRISTOPHER R.

2018 “The Suffocation of Democracy”, *The New York Review* LXV, no. 16, 25 de octubre, en <<https://www.nybooks.com/articles/2018/10/25/suffocation-of-democracy/>>.

CASTELLANO, CELIA y TONI GARCÍA RAMÓN

2021 “QAnon, Proud Boys, aceleracionistas: quién es quién en la extrema derecha de los EE.UU.”, *El Español*, 17 de enero, en <https://www.elespanol.com/opinion/tribunas/20210117/qanon-proud-boys-aceleracionistas-extrema-derecha-americana/551814817_12.html>.

COHEN, JOSHUA

2009 *Philosophy, Politics, Democracy: Selected Papers*. Cambridge: Harvard University Press.

1998 “Democracy and Liberty”, en Jon Elster, ed., *Deliberative Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press, 185-231.

CUMMINGS, WILLIAM, JOEY GARRISON y JIM SERGENT

2021 “By the Numbers: President Donald Trump’s Failed Efforts to Overturn the Election”, *USA Today*, 6 de enero, en <<https://news.yahoo.com/numbers-president-donald-trumps-failed-100109820.html>>.

DUFFIN, ERIN

2020 “Presidential Election Exit Polls: Share of Votes by Ethnicity U. S. 2020”, Statista, 9 de noviembre, en <<https://www.statista.com/statistics/1184425/presidential-election-exit-polls-share-votes-ethnicity-us/>>.

ELSTER, JON

1998a “Introduction”, en Jon Elster, ed., *Deliberative Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1-18.

1998b “Deliberation and Constitution Making”, en Jon Elster, ed., *Deliberative Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press, 97-122.

EXPANSIÓN

2008 “Las propuestas de Obama para hacer frente a la crisis”, *Expansión*, 5 de noviembre, en <<https://www.expansion.com/2008/11/05/economia-politica/1225905024.html>>.

FREY, WILLIAM H.

2021 “Biden-won Counties Are Home to 67 Million More Americans than Trump-won Counties”, Brookings, 21 de enero, en <<https://www.brookings.edu/blog/the-avenue/2021/01/21/a-demographic-contrast-biden-won-551-counties-home-to-67-million-more-americans-than-trumps-2588-counties/>>.

2020 “Biden’s Victory Came from the Suburbs”, Brookings, 13 de noviembre, en <<https://www.brookings.edu/research/bidens-victory-came-from-the-suburbs/>>.

GALSTON, WILLIAM A.

2021 “At 100 Days, Where Does President Biden Stand with the Public”, Brookings, 22 de abril, en <<https://www.brookings.edu/blog/fixgov/2021/04/22/at-100-days-where-does-president-biden-stand-with-the-public/>>.

GAMBETTA, DIEGO

1998 “Claro!: An Essay on Discursive Machismo”, en Jon Elster, ed., *Deliberative Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press, 19-43.

GARDNER, AMY, JOSH DAWSEY y RACHAEL BADE

2020 “Trump Asks Pennsylvania House Speaker for Help Overturning Election Results, Personally Intervening in a Third State”, *The Washington Post*, 8 de diciembre, en <https://www.washingtonpost.com/politics/trump-pennsylvania-speaker-call/2020/12/07/d65fe8c4-38bf-11eb-98c4-25dc9f4987e8_story.html>.

GREEN, JOSHUA

2017 *Devil's Bargain*. Nueva York: Penguin Press.

HABERMAS, JÜRGEN

1998 *Between Facts and Norms*. Cambridge: The Massachusetts Institute of Technology Press.

HELD, DAVID

2006 *Models of Democracy*. Stanford: Stanford University Press.

INGLEHART, RONALD

2018 *Cultural Evolution. People's Motivations and Changing and Reshaping the World*. Cambridge: Cambridge University Press.

JUDIS, JOHN

2016 *The Populist Explosion: How the Great Recession Transformed American and European Politics*. Nueva York: Columbia Global Reports.

LEVITSKY, STEVEN y DANIEL ZIBLATT

2018 *How Democracies Die*. Nueva York: Crown Publishing Group.

LUCE, EDWARD

2017 *The Retreat of Western Liberalism*. Nueva York: Atlantic Monthly Press.

LUHBY, TAMY

2016 “Éstas son las razones de la derrota de Hillary Clinton”, CNN, 9 de noviembre, en <<https://cnnespanol.cnn.com/2016/11/09/estas-son-las-razones-de-la-derrota-de-hillary-clinton/>>.

MACKIE, GERRY

1998 “All Men Are Liars: Is Democracy Meaningless?”, en Jon Elster, ed., *Deliberative Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press, 69-96.

MÁRQUEZ-PADILLA, PAZ CONSUELO

2020 *La democracia amenazada. ¿Por qué surgen los populismos?* Ciudad de México: CISAN, UNAM.

2014 *Justicia internacional. Ideas y reflexiones*. Ciudad de México: CISAN, UNAM.

MORALES, ED.

2020 “What the 2020 Election Reveals about Latino Voters”, CNN Opinion, 16 de noviembre, en <<https://edition.cnn.com/2020/11/16/opinions/latino-hispanic-vote-trump-biden-morales/index.html>>.

MOUNK, YASCHA

2018 *The People vs. Democracy. Why Our Freedom is in Danger & How to Save It*. Cambridge: Harvard University Press.

NORRIS, PIPPA

2017 “Is Western Democracy Backsliding? Diagnosing the Risks”, *Journal of Democracy*, en <https://www.journalofdemocracy.org/wp-content/uploads/2018/12/Journal-of-Democracy-Web-Exchange-Norris_0.pdf>.

PEW RESEARCH CENTER

2018 “An Examination of the 2016 Electorate, Based on Validated Voters”, 9 de agosto, en <<https://www.pewresearch.org/politics/2018/08/09/an-examination-of-the-2016-electorate-based-on-validated-voters/>>.

PIKETTY, THOMAS

2014 *Capital in the Twenty-first Century*. Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press.

PORTER, TOM

2018 “Steve Bannon, Frozen Out in the U. S., Wants to Foment a European Populist Uprising”, *Newsweek*, 10 de marzo, en <<https://www.newsweek.com/steve-bannon-frozen-out-us-forming-ties-european-far-right-839609>>.

POSNER, ERIK A.

2018 “The Dictator’s Handbook, U. S. Edition”, en Cass R. Sunstein, ed., *Can It Happen Here? Authoritarianism in America*. Nueva York: Harper Collins Publishers.

RAJAN, RAGHURAM

2019 *The Third Pillar: How Markets and the State Leave the Community Behind*. Nueva York: Penguin Press.

REUTERS GRAPHICS

2021 “U.S. Election Results”, en <<http://www.graphics.reuters.com/USA-ELECTION/RESULTS-LIVE-US/jbyprxelqpe/>>, consultada el 19 de enero.

SUNSTEIN, CASS R., ed.

2018 *Can It Happen Here? Authoritarianism in America*. Nueva York: Harper Collins Publishers.

2017 *#Republic. Divided Democracy in the Age of Social Media*. Nueva Jersey: Princeton University Press.

THE ECONOMIST

2020 “Democracy Index 2019: A Year of Democratic Backsliding and Popular Protest”, Intelligence Unit, en <<https://www.eiu.com/n/campaigns/democracy-index-2019/>>.

THE NEW YORK TIMES

2017 “2016 Presidential Election Results”, 9 de agosto, en <<https://www.nytimes.com/elections/2016/results/president>>.

TWITTER

2021 “Permanent Suspension of @realDonaldTrump”, 8 de enero, en <https://blog.twitter.com/en_us/topics/company/2020/suspension.html>.

URBINATI, NADIA

2019 *Me the People. How Populism Transforms Democracy*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

U. S. CONGRESS

2021 *H.R.1319 - American Rescue Plan Act of 2021*, Congress.gov, 117 Congreso, 11 de marzo, en <<https://www.congress.gov/bill/117th-congress/house-bill/1319/text>>, consultada el 16 de mayo de 2021.

VAN DAM, ANDREW

2020 “Trump Wasn’t Just a Rural Phenomenon. Most of His Supporters Came from Cities and Suburbs”, *The Washington Post*, 18 de noviembre, en <<https://www.washingtonpost.com/business/2020/11/18/rural-city-trump-voters/>>.

ZAKARIA, FAREED

2019 “Democracy is Decaying Worldwide. America Isn’t Immune”, *The Washington Post*, 22 de febrero, en <https://www.washingtonpost.com/opinions/democracy-is-decaying-worldwide-america-isnt-immune/2018/02/22/ff670f88-1813-11e8-92c9-376b4fe57ff7_story.html>.

ZHANG, CHRISTINE y JOHN BURN-MURDOCH

2020 “By Numbers: How the US Voted in 2020”, *Financial Times*, 7 de noviembre, en <<https://www.ft.com/content/69f3206f-37a7-4561-bebf-5929e7df850d>>.